

I

Del nicho helado
en que los hombres
te pusieron,
te bajaré a la tierra
humilde y soleada.

[1]

Impreso en Bogotá



OBREKITO

Madre,
cuando sea grande,
¡ay... qué mozo
el que tendrás!
Te levantaré
en mis brazos,
como el zonda
al herbazal.
O te acostaré
en las parvas
o te cargaré hasta el mar
o te dejaré al umbral.

II

Este largo cansancio
se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo
que no quiere seguir
arrastrando su masa
por la rosada vía,
por donde van
los hombres,
contentos de vivir...
Sentirás que a tu lado
cavan briosamente,
que otra dormida llega
a la quieta ciudad.

Yo no quiero
que a mi niña
la vayan a hacer
princesa.
Con zapatitos de oro
¿cómo juega
en las praderas?
Y cuando llegue
la noche
a mi lado
no se acuesta...
Yo no quiero
que a mi niña
la vayan
a hacer princesa.

9

MIEDO

Yo no quiero
que a mi niña
golondrina
me la vuelvan;
se hunde
volando en el Cielo
y no baja
hasta mi estera;
en el alero hace el nido
y mis manos no la peinan.
Yo no quiero
que a mi niña
golondrina
me la vuelvan.

8

que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.
Sed, puesto que
marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.
Piececitos de niño,
dos joyitas sufriendo,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

12

Esperaré que me hayan
cubierto totalmente...
¡y después hablaremos
por una eternidad!
Solo entonces sabrás
el porque no madura,
para las hondas huesas
tu carne todavía,
tuviste que bajar,
sin fatiga, a dormir.
Se hará luz en la zona
de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra
alianza signo de astros
había
y, roto el pacto enorme,
tenías que morir...

5

Que he de dormirme
en ella los hombres
no supieron,
y que hemos de soñar
sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra
soleada con una
dulcedumbre de madre
para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse
suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo
de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando
tierra y polvo de rosas,

Cuenta,
cuenta las ventanas
y las puertas del casal;
cuenta,
cuenta maravillas
si las puedes tú contar...

?Y qué casal
ha de hacerte
tu niñito, tu titán,
y qué sombra
tan amante
sus aleros van a dar?
Yo te regaré una huerta
y tu falda he de cansar
con las frutas y las frutas
que son mil
y que son más.
O mejor te haré tapices
con la juncia de trenzar;
o mejor tendré un molino
que te hable
haciendo el pan.

y en la azulada y leve
polvareda de luna,
los despojos livianos
irán quedando presos.
Me alejaré cantando
mis venganzas hermosas,
!porque a ese hondor
recondito la mano
de ninguna
bajará a disputarme
tu puñado de huesos!

Y menos quiero
que un día
me la vayan
a hacer reina.
La subirían al trono
a donde mis pies
no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero
que a mi niña
me la vayan
a hacer reina!

PIECECITOS
Píececitos de niño,
azulosos de frío,
!cómo os ven
y no os cubren,
Dios mío!
Píececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!
El hombre ciego ignora
que por donde pasáis,
una flor de luz viva
dejáis;

o le hundes en el largo
sueño que sabes dar!
«¡No le puedo gritar,
no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro
viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos
o le siegas en flor».
Se detuvo la barca
rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor,
que no tuve piedad?
¡Tú que vas a juzgarme,
lo comprendes, Señor!

Malas manos tomaron
tu vida desde el día
en que, a una señal de
astros, dejara su plantel
nevado de azucenas.
En gozo florecía.
Malas manos entraron
trágicamente en él...

Y yo dije al Señor:
«Por las sendas mortales
le llevan. !Sombra amada
que no saben guiar!
!Arráncalo, Señor,
a esas manos fatales

III